

VIA CRUCIS

Vamos a comenzar este rato de oración siguiendo el Vía crucis. Acompañamos a Jesús en el camino que recorrió hasta llegar al calvario. Queremos seguir los pasos del Hijo de Dios que, con su muerte, y su resurrección nos obtuvo la Vida para siempre. Para poder profundizar y entender la Pasión del Señor, es necesario tener en cuenta estos tres elementos: * un hecho: "padeció", "sufrió", "murió", * una finalidad: "por nosotros", "por nuestros pecados", "por nuestra salvación", * un móvil: "el amor a nosotros", "la obediencia y amor al Padre".

Jesús pasó por el mundo haciendo el bien. Mostró el rostro del amor de Dios a todos los hombres. Toda su vida fue de entrega amorosa, pero quiso rubricarlo de tal forma que no dejara lugar a dudas, y así lo manifestó en los últimos momentos de su vida: *"habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo" (Jn 13, 1)*, hasta no poder más. Si no hay mayor prueba de amor que *"el dar la vida por los amigos" (Jn 15, 13)*, Él nos ha demostrado que es el mejor amigo: padeció y se entregó por nosotros, por ti y por mi.

Nos disponemos a acompañar a Jesús en su camino hacia el Calvario. Estamos llenos de agradecimiento por su amor a nosotros, y al mismo tiempo nos duele haberle hecho sufrir tanto con nuestros pecados. Con estos sentimientos nos preparamos en unos momentos de silencio y oración.

1. Jesús es condenado a muerte

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Entonces el sumo Sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos aún de testigos? ¿Qué os parece? Y ellos contestaron: Es reo de muerte. (Mt.26.65)

Ha pasado toda la vida haciendo el bien, curando a los enfermos y defendiendo la dignidad de los pobres, pero ha puesto en peligro muchas cosas: la seguridad de la religión, el culto del Templo, la autoridad de los sacerdotes, el poder de Roma. A todos les molesta. Es mejor que

desaparezca. Hasta parte del pueblo lo rechaza. Jesús termina condenado a muerte. El Hijo de Dios condenado por los hombres.

Pero Dios no condena. No devuelve mal por mal. Dios no nos condenará nunca. *“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”* (Ro. 5,8). Dios convierte la condena en absolución y perdón, la cruz en fuente de gracia.

En el mundo actual hay mucha condena, mucha crítica y juicio contra los demás. Y falta perdón, diálogo, respeto, mutua comprensión. Yo mismo, ¿no condeno y rechazo ligeramente a las personas en vez de comprenderlas y ayudarlas? ¿No siento hoy una llamada a perdonar, a disculpar, a colaborar en la construcción de una sociedad más dialogante y menos condenatoria?

Señor, Tú no me condenas nunca. Enséñame a condenar menos y perdonar más.

Señor, pequé...

2. Jesús carga con la cruz

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Entonces Pilato les entregó a Jesús para que lo crucificaran. Tomaron a Jesús y, cargándole la cruz, lo sacaron hacia el lugar, llamado Calvario, que en hebreo se dice Gólgota”. (Jn 19, 16 ss)

Cargan sobre Jesús una cruz muy pesada. Sobre él cayeron todas la injusticias y violencias, todas las traiciones y cobardías, todos los egoísmos, las mentiras, los abusos y engaños... Él carga con todo. Lo había dicho más de una vez: *“Venid a mí todos los que estáis fatigados y cansados que yo os aliviare”* (Mt 11,28)

Desde que Jesús cargó con la cruz, todas nuestras cargas pueden ser más llevaderas, nuestras cruces y sufrimientos pueden ser redentores. Desde que Jesús cargó con nuestros pecados, no hemos de desesperar por ningún pecado. Jesús es *“víctima de propiciación por nuestros pecados”* (1

Jn 2,2) porque el amor de Dios es más fuerte que todos los pecados de los que nos puede acusar la conciencia.

La cruz de Cristo se prolonga a lo largo de los siglos. La cruz de Cristo es inmensa; se va multiplicando en todos los que sufren. No queramos hacerla más grande o más pesada. No carguemos a nadie con más sufrimiento. No le hagamos a nadie la vida más difícil y más dura. No hagamos daño, no quitemos paz y felicidad a las personas. Al contrario, nos hemos de sentir llamados a quitar sufrimiento, a aliviar cruces, a descargar pesos.

Señor, Tú has cargado con todos mis pecados, errores y debilidades. Enséñame a vivir aliviando el dolor y las cruces de quienes sufren.

3. Jesús cae por primera vez

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Cristo, a pesar de su condición divina no hizo alarde de su categoría de Dios: al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y, así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajo hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte en cruz! (Fil. 2, 6-8)

Jesús está muy debilitado por las torturas a que ha sido sometido. La cruz era más pesada de lo que él mismo podía suponer. Como dice Isaías, *“eran nuestras dolencias las que llevaba y nuestros delitos los que soportaba”* (Is. 53,4). Jesús no puede más. La cruz se le hace demasiado pesada, se tambalea y cae. Nunca hubiéramos imaginado a Dios caído.

El Señor quiso experimentar la debilidad humana. *“Se hizo semejante a los hombres pasando como uno de tantos”* (Fil 2,7). Los seres humanos somos tan débiles. Caemos tantas veces. ¿Te acuerdas cuál fue tu primera caída? ¿Tardaste mucho en levantarte? Y ahora, ¿no sigues cayendo? El Señor siempre te ayudará a levantarte. Dios sabe lo que es la debilidad humana. *“El levanta del polvo al desvalido”* (Sal 112,7).

Hay mucha gente caída que necesita una mano. Gente hundida en la soledad o la depresión. Personas solas, ancianos desvalidos, enfermos crónicos, extranjeros rechazados, ... Personas que necesitan que alguien les

devuelva la paz y la alegría, la dignidad y la autoestima. Señor, Tú nunca me dejarás caído o caída. Siempre me tenderás tu mano. Enséñame a levantar la dignidad y el aliento de las personas.

4. Jesús encuentra a su madre

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Cuando Jesús fue llevado por sus padres al templo, el anciano dijo a María, su madre: “Este niño será signo de contradicción. Y a ti misma una espada te atravesará el corazón; así quedarán al descubierto las intenciones de todos. “ (Lc. 2, 34ss)

Entre la gente que sigue a Jesús aparece la figura entrañable de María. No podía faltar. Muchos gritan, ella camina silenciosa y contemplativa; muchos injurian, ella compadece; algunos lloran, ella comulga con su Hijo. María no puede hacer nada materialmente, ninguna ayuda, ninguna palabra, ningún beso, pero está allí sufriendo, identificándose con su Hijo redentor.

María sigue hoy cerca de todos sus hijos e hijas que arrastran cruces. Su cercanía hace más llevadera la cruz. Y con María caminan todas las madres que miran con impotencia el sufrimiento y la tortura de sus hijos hambrientos, la deficiencia o enfermedad que los mantiene postrados, la droga, la prostitución o la cárcel que los tienen presos. María camina con todas las madres, ama y llora con ellas.

Hay también madres que denuncian las injusticias, madres que esperan y proclaman un mundo más justo, madres que desean el Reino de Dios para los pobres.

Madre nuestra, ven con nosotros a caminar. Ven, sobre todo, cuando caminamos con la cruz.

5. Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la cruz

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Cuando llevaban a Jesús hacia el Calvario, encontraron a un hombre, llamado Simón, que era de Cirene, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús” (M7, 27,32)

Simón de Cirene era un desconocido. “Un tal Simón”. Hoy, a quien ofrece ayuda al que flaquea se le llama “cireneo”. Su nombre se ha convertido en uno de los calificativos más hermosos de nuestro vocabulario. La escena es conmovedora: por una parte, la debilidad de Dios; por otra, la ayuda de Simón. A un Dios débil lo sentimos más cercano, lo queremos más. A un hombre que ayuda así lo admiramos y agradecemos.

Hay mucha gente agotada. Personas sobrecargadas, dobladas por el peso de su cruz. Personas frágiles que no saben caminar solas. Personas humilladas que no conocen el amor ni la amistad. Cuando veas a alguien con una cruz pesada sobre sus hombros piensa que es Cristo. Ayúdale. No te pesará. Te sentirás gratificado.

Señor, ayúdame Tú a llevar mis cruces y enséñame a aliviar la cruz de quienes me rodean.

6. La Verónica limpia el rostro de Jesús

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Muchos quedaban asustado al verlo, porque su cara desfigurada que ya no parecía un ser humano. No tenía apariencia ni presencia. Lo vimos sin presencia. Lo vimos sin belleza, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores ante el cual se ocultan los rostros”. (Is. 52, 14; 53, 2-3)

El rostro de Jesús, reflejo de la gloria del Padre, está horriblemente desfigurado por los golpes, la sangre y el sudor. El profeta Isaías dice del Siervo que “*no tenía apariencia ni presencia*” (Is. 53,2). No parecía un rostro humano.

Una mujer, decidida y delicada, rompe las barreras y se acerca a ofrecerle un poco de alivio. Siempre se puede hacer algo. Movida por su compasión, enjuga y limpia el rostro de Jesús. La piadosa leyenda dice que

Jesús, en recompensa, dejó grabada en el lienzo la imagen de su propio rostro. En realidad, quedó más grabado aún en su alma. Por eso, la tradición le dio a esta mujer un nombre hermoso: *Verónica*, icono verdadero de Dios.

¿Sabes mirar los rostros de las personas? Rostros tristes de niños, rostros cansados de ancianos, rostros doloridos de enfermos, rostros humillados de extranjeros? ¿No ves en los medios de comunicación rostros de hombres hambrientos, rostros de mujeres esclavizadas, rostros de personas solas? ¿No te sientes llamado a poner un poco de consuelo y alivio en el sufrimiento de tantas personas?

Señor, imprime en mi alma tu rostro bondadoso. Infunde tu Espíritu en mi corazón. Enséñame a besar, acariciar, abrazar, acompañar y consolar a quienes sufren.

7. Jesús cae por segunda vez

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Mientras los discípulos dormían, Jesús cayó por el suelo hasta tocar tierra con su cara, e hizo oración: “Padre, si es posible, que se aleje de mi este cáliz, pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Mt. 26,39)

El camino se hace largo y Jesús está extenuado. A pesar de la ayuda de Simón, Jesús vuelve a caer. Es duro y humillante, pero lo malo no es caer sino no levantarse. Jesús se levanta y sigue su camino hasta el final.

Son muchos, por desgracia, los que golpeados por la vida, ya no se levantan, no quieren seguir, no quieren luchar. Se vuelven escépticos. Total, ¿para qué? No merece la pena. Para seguir, se necesita mucha paciencia y mucha fe.

Son muchos también, las personas y los pueblos que intentan levantarse pero no pueden. El peso es superior a sus fuerzas. ¿Qué puedes hacer tú? ¿Olvidarlos? ¿Dejarlos de lado? ¿Preocuparte sólo de tus problemas?

Señor, no me dejes nunca hundido. Renuévame por dentro con Espíritu firme. Enséñame a tener paciencia para estar cerca de las personas amargadas, escépticas o desencantadas.

8. Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Le seguía mucha gente del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos... Porque si esto hacen con el madreo verde ¿qué se hará en el seco” (Lc. 23, 27-32)

Jesús había llorado por Jerusalén y sus habitantes. Ahora, unas hijas de Jerusalén lloran por Jesús. Ellas no pueden hacer otra cosa, pero lloran de pena y compasión. No entienden de leyes ni de juicios, pero saben de dolores y sufrimientos.

Llorar por lo que sufren no es signo de debilidad, sino de amor. Nuestro mundo está necesitado de compasión. Nos hablan de muertos, de hambrientos, de refugiados, de enfermos... pero a veces se nos quedan muy lejos. No son nuestros prójimos. Nos tendría que doler todo dolor de un ser humano.

“Llorad por vuestros hijos”, les dice Jesús. Llorad por los inocentes, llorad por los indefensos, los pobres, los desvalidos, y llorad también por vosotros mismos. Ojalá fuéramos capaces de llorar de compasión y de arrepentimiento ante los que sufren. Ojalá se hubieran puesto a llorar junto con las mujeres, también los sumos sacerdotes, los miembros del Sanedrín y los soldados. Ojalá hoy supiéramos llorar todos, incluso los políticos, los financieros, los terroristas. Ese río de lagrimas salvaría al mundo de muchos de sus males.

Señor, perdón por mi dureza y falta de compasión. Enséñame a sufrir con los que sufren.

9. Jesús cae por tercera vez

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo

“Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: Seguro que tú también eres de esos, pues tu habla te delata.

Entonces él empezó a increpar y jurar: No conozco a ese hombre. Y enseguida el gallo cantó. Pedro se acordó de las palabras de Jesús, que le había advertido: antes de que cante el gallo, me negarás tres veces. Y saliendo afuera lloró amargamente” (Mt. 26. 73-75)

Falta muy poco para el final, pero Jesús cae por tercera vez. Estas caídas son todo un símbolo de nuestras debilidades y de nuestros errores repetidos. Caemos una vez y otra y otra. Somos así. Lo importante es que no perdamos la esperanza.

También de las caídas podemos aprender. Los fracasos nos hacen más humildes, más sensibles, más comprensivas. Sólo desde abajo se comprende a los pequeños y caídos. Por otra parte, las caídas nos enseñan a no confiar sólo en nuestras fuerzas. Nos enseñan a vigilar.

De esta manera, las caídas pueden ser redentoras. Cuando de nuevo nos encontramos caídos, experimentando una vez más nuestra debilidad, Dios está ahí. Él es nuestra fortaleza.

Señor, que sepa apoyarme siempre en ti. Qué sepa acoger tu Espíritu y tu fortaleza.

10. Jesús despojado de sus vestiduras

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Los soldados cogieron su ropa e hicieron con ella cuatro partes, una para cada uno. Cogieron también la túnica. La túnica era sin costuras, de una pieza, tejida de arriba abajo. Por eso dijeron: “No la rompamos, echemos a suertes a ver a quién toca”. Para

que se cumpla la Escritura que decía: “Se repartieron mis vestiduras y echaron a suertes mi túnica” (Jn. 19, 23-24)

Jesús es despojado de sus vestidos, despojado de lo poco que tiene. Es despojado de su dignidad. Expuesto a la vergüenza de todos. Como anunciaba el profeta Isaías, “*despreciado y deshecho de los hombres*” (Is. 53,3), pero, era el más libre y el más grande de los hombres.

Ya antes, se había despojado de sí mismo, “*se había despojado*” de su gloria divina para tomar la forma de siervo. Se había despojado de todo por amor. El que ama no retiene nada, no vive para sí. Sólo sabe dar. El que ama se hace pobre enriqueciendo a muchos.

También hoy se sigue despojando a las personas. Hay niños a quienes se les quita la inocencia, mujeres a las que se arrebató su dignidad, campesinos a quienes se quita sus tierras, gentes buenas a las que se les roba la alegría. Hemos de sentirnos llamados a revestir de dignidad a tanto despojados. En nuestro mundo se necesita más generosidad, más amor solidario.

Señor, cuida Tú mi dignidad. Enséñame a defender a los humillados.

11. Jesús es clavado en la Cruz

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo

“Llevaron también a otros dos criminales para ser ejecutados con él. Cuando llegaron al sitio llamado Calvario, lo crucificaron allí, y también a los criminales, uno a la derecha y el otro a la izquierda” (Lc. 23, 32-34)

Cuando llega al Calvario, lo clavan en un madero. Nunca habrá una razón para crucificar a un hombre, o para torturarlo, menos aún si es inocente. Jesús es dolor vivo. Ya no puede moverse, sólo esperar, entre tormentos, que venga la muerte amiga. Su sangre no deja de correr. Sangre santa e inocente que lava nuestros pecados.

Hoy la sangre de Cristo sigue corriendo en todos los mártires y en todas las víctimas. Imposible enumerar a todos los crucificados en los que Jesús continúa su martirio.

Alguien tiene que impedir tanta crucifixión. Hay que quitar cruces, aliviar sufrimientos, defender la dignidad de las víctimas, reaccionar ante los verdugos, aunque nos cueste un poco de cruz. Cada uno hemos de aportar nuestra pequeña contribución.

Sangre de Cristo, lávame, purifícame. Señor, enséñame a luchar por un mundo más humano y más justo.

12. Jesús muere en la Cruz

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo

“Hacia mediodía las tinieblas cubrieron toda la región hasta las tres de la tarde. El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por medio. Entonces Jesús lanzó un grito y dijo: “Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.” Y, dicho esto, expiró” Lc. 23, 44-46)

Después de una terrible agonía, Jesús entrega su espíritu al Padre. Ahí está, sobre la cruz, muerto, inmóvil, callado. Ya no puede hablar del amor del Padre, ya no puede narrar parábolas sobre su perdón, no puede acariciar a los niños, no puede bendecir a los enfermos, no puede acoger a los pecadores. Pero ahora, desde la Cruz, nos dice de manera más profunda que nunca su amor.

Ahora podemos intuir un poco mejor *“la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”* (Ef. 3, 18-19). Ahora intuimos su amor insondable, su paciencia, su libertad, su confianza total en el Padre, su generosidad y su entrega.

Al ver su misión consumada, Jesús se abandona definitivamente en el Padre. En esta muerte la misericordia triunfa sobre la venganza, la gracia sobre el castigo, la confianza sobre la desesperación, la luz sobre la noche. En esta muerte triunfa el amor y con el amor triunfa la vida.

Señor, ayúdame a descubrir el misterio de la cruz. Dame fuerza para vivir el amor crucificado.

13. Jesús es bajado de la Cruz

-Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo

“Junto a la cruz de Jesús estaba su madre. Al verla a ella, y junto a ella, al discípulo amado, dijo a su madre: Mujer, ahí tienes a tu hijo. Y dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre...”

La piedad cristiana ha imaginado el descendimiento de Jesús. De la cruz al regazo de su Madre. Ya no sufre. Su espíritu descansa en el seno del Padre eterno, su cuerpo en el regazo de su madre.

María besa su rostro, acaricia su cuerpo, lo envuelve con su amor intenso de Madre. No hay dolor más grande ni amor más comprensivo que el de una madre llorando a su hijo. María está junto a su Hijo redentor, como corredentora.

María ha escuchado las palabras de Jesús: *“Madre, ahí tienes a tu hijo”*. María tendrá en adelante muchos hijos, todos los redimidos por su Hijo, especialmente los más pequeños y desamparados.

Madre de misericordia, que en los sufrimientos de la vida y en la agonía de la muerte sintamos tu presencia maternal.

14. Jesús es sepultado

Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo

“José y Nicodemo cogieron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en vendas, con los perfumes, según es costumbre enterrar entre los judíos. Había un jardín en el sitio donde lo crucificaron, y en el jardín un sepulcro nuevo, en el que nadie había sido enterrado todavía. Allí, por estar cerca, pusieron a Jesús”. “Luego, hicieron

**rodar una gran piedra hasta la entrada del sepulcro y se fueron”
(Jn 19, 40ss. Y Mt 27,60)**

Jesús es depositado en un sepulcro. El grano de trigo es enterrado. Todo ha terminado. En Jerusalén hay silencio, tristeza y vacío, un vacío grande. Jesús descansa en paz. Ha cumplido la misión que se le había encomendado. Su descanso será un día nuestro descanso. Su paz será un día nuestra paz.

Jesús duerme. Pronto despertará lleno de vida. Su amor es más fuerte que la muerte. Lo dice el Cantar de los Cantares: *“Os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis al amor hasta que el quiera”* (Ct 3,5).

Señor, ten piedad de quienes seguimos peregrinando por esta vida. Sostén nuestra esperanza.

15. Las mujeres presienten al Resucitado

Te adoramos, Oh Cristo, y te bendecimos,
-que por tu santa cruz redimiste al mundo

“El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro María Magdalena y la otra María. Al entrar, vieron a un joven vestido de blanco y se asustaron. Pero él les dijo: “no os asustéis. ¿Buscáis a Jesús nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el lugar donde lo pusieron. Id a decir a sus discípulos y a Pedro, que irá delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os había dicho” (Mc. 16, 2-7)

“Al atardecer” enterraron a Jesús. *“A la salida del sol”*, unas mujeres se acercan temblorosas al sepulcro. El temor y la sorpresa se apoderan de ellas. El sepulcro está abierto. La piedra ha sido retirada.

Un mensajero les anuncia la Buena Noticia: *“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo. No está aquí. Ha resucitado”* (Lc 24, 5-6). Las mujeres empiezan a intuir que es verdad: el Amor triunfa sobre el mal y sobre la muerte. Dios nos ama tanto que está dispuesto a salvarnos por encima de todo, incluso por encima de la muerte.

Señor, yo creo en Ti, creo en el amor de Dios encarnado en ti, pero ayúdame en mi poca fe.

